

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

TURISMO ORBITAL

En esto de la utilización del espacio interplanetario reina cierta confusión. Hubo un tiempo, después de los primeros momentos de exaltación colectiva, en que se barrantó la edificante posibilidad de que el espacio cósmico pudiera ser objeto de una inteligente explotación militar. Inexplicablemente, todo el mundo se echó las manos a la cabeza y los pacifistas de siempre pusieron el grito en el espacio para denunciar el horrendo atentado que —según ellos— se estaba fraguando contra la Humanidad, el peligro que corría la especie y demás zarandajas por el estilo.

En aquella ocasión, yo sostuve como un solo terrestre que el espacio debía ser destinado precisamente a fines militares, arguyendo que si consiguiéramos llevar las guerras allá arriba, aquí abajo podríamos dedicarnos tranquilamente al cultivo de la remolacha y a los sanos esparcimientos de que es capaz la noble condición humana. Se trata de una solución moderada que no trastornaría mucho el delicado equilibrio internacional: arriba se harían las guerras y abajo se discutiría en Ginebra, como siempre. Y los fabricantes de armamento podrían seguir poniéndose las botas sin graves problemas de conciencia. Siempre que no hubiera salpicaduras, claro.

Esta idea me pareció tan razonable y de tan felices perspectivas para todos que incluso lancé un vibrante llamamiento por radio a los dos grandes y a la opinión mundial, exhortando a los primeros a seguir adelante con tan interesante proyecto y a la segunda a que se dejara de historias, pues —como expliqué pacientemente— ya se sabe que las guerras hay que hacerlas en alguna parte, así que cuanto más lejos, mejor. Naturalmente, como esto de la guerra tiene tan mala prensa, no se me hizo el menor caso.

Ahora la gente anda toda decepcionada por lo que han hecho —o más bien, por lo que no han hecho— los siete rusos de la experiencia «Soyuz». En el momento en que escribo, no sé en qué acabará la cosa. Hace días que lo están pasando magníficamente fotografiando estrellas, sin querer coger el soplete y ponerse a trabajar de fotógrafos, que es lo que todo el mundo está esperando con extrañeza y regocijado sadismo. (Oigo por radio que dos de ellos han regresado a la Tierra después de haber soldado un poco. Pero dentro de la cabina, y sin soplete. Pequeña concesión a la galería, supongo.) Porque somos así de inconsecuentes: en el espacio no se debe hacer la guerra, pero tampoco podrá uno pasearse en paz. Bases militares, no; pero fábricas y talleres, sí. Hay que trabajar, la cosa no tiene vuelta de órbita, nos llevaremos a las alturas nuestra desdichada obsesión laboral. ¡Pero, hombre, si el castigo divino se refería solamente a aquí abajo! ¡No vamos a ampliarlo nosotros ahora, en pleno Sínodo y en pleno período de «agglomeramientos»!

¿Y por qué no utilizar el gran silencio del cosmos para nuestros fines de semana y para las vacaciones de verano? ¡Qué maravilla, Torremolinos del Espacio, Galicia de la Galaxia, la Costa de la Luna, con abundante espacio vital y orbital, en un «Apolo-600» mecido dulcemente por los vastos silencios entre guiños de estrellas! ¡Qué mejor sedante para nuestro castigado sistema nervioso que esta huida por las infinitas rutas sin embotellamientos y en las que el aire no estará jamás viciado, por la sencilla razón de que no lo hay! ¡Al fin libres, felices y siderados, perdida toda noción del tiempo, e incluso del espacio! Espero ardientemente que estos rusos de los «Soyuz» se nieguen hasta el fin a coger el soplete y sean así los pioneros del turismo orbital.

Porque, una de dos: o se trabaja y se hace la guerra aquí y se descansa allí, o se trabaja y se hace la guerra allí y se descansa aquí. Es una cuestión elemental de organización. De otra forma, seguiremos fastidiándonos en todas partes.

Planeta 69

LA CARAMBOLA POLITICA DE JOSE MANUEL LARA

Veinticuatro horas antes de la concesión del Premio Planeta 1969, cualquier lector de la prensa diaria barcelonesa podía haberse enterado de que iba a ganar Ramón J. Sender. ¿Que quién es Sender? Sender era, hasta no hace mucho, un hombre para conversaciones en voz baja y un autor para librerías con trastienda. Para sus lectores de antes de la guerra era, ante todo, el brillante y duro narrador de Imán, para sus lectores posteriores, lectores de tapadillo, era el autor de esa maravilla didáctica, de ese tremendo panfleto literario que se llama Réquiem por un campesino español. Sender era un poco el mito del español errante desde el «viva las caenas» de 1814, de esas remesas de intelectuales que periódicamente van

perdiendo el tren de nuestra historia y sólo lo recuperan de cuerpo presente y, en general, vestidos con hábito de franciscano. De pronto, y a partir de la concesión del Premio Ciudad de Barcelona, en 1966, las librerías empezaron a llenar sus escaparates con obras del autor; algunas revistas reprodujeron sus artículos; no han faltado glosas a su vida y a su obra. El olvido más espeso ha cubierto la obra narrativa de Herrera Peteré, de Salazar Chapela, de Manolo Arderius, de tantos otros. En nuestra memoria queda la triada capitolina de Aub, Sender y Barea como los tres novelistas más representativos de la narrativa del exilio. Y de los tres es Sender el hombre que recibe más apuestas para la fidelidad de la memoria histórica.

Es un escritor «racial», decimos, y al decirlo decimos bastante. Lo que en Max Aub es sonrisa de distancia, sonrisa catalano-europea, en Sender es rictus, es lactancia cabruna a lo Buñuel. Independiente. Exiliado. Aragonés. Se venía diciendo que Sender volvería a España. Treinta años de exilio. Una casa en Alicante. Y de pronto Sender concurre al Planeta. ¿Por qué concurre Sender al Planeta? Necesidad de dinero; tal vez sea el motivo básico. ¿Necesidad de Sender? Tal vez este motivo sea también básico.

Hasta aquí la primera bola de la carambola de Lara. Vayamos a por la segunda.

Merçé Rodoreda, treinta años de exilio intermitente. Premio Ramón Llull 1969. Su primera victoria literaria fue el Premio Creixell. Una fecha comprometida: 1937. Sobre todo si la fecha se cumple en una ciudad comprometida: Barcelona. Suiza y el olvido; finalmente, la publicación de una de las cinco mejores de la literatura peninsular del siglo XX: La plaza del diamant («La plaza del Diamante»). La novela es un testamento total de una sentimentalidad destruida por la guerra civil y la conciencia de un paisaje humano, patriótico, terrestre, no menos destruido. Es el paisaje de la barriada barcelonesa de Gracia, llena de palomas blancas que van subrayando con sus evoluciones la triste crónica de una destrucción. Después se publicaría El carrer de las Camelias («La calle de las Camelias»), una novela que cualquier crítico tecnócrata calificaría como «de nivel europeo». Con esta novela, la Rodoreda incorporaba a nuestra narrativa la tipología del «extraño». Pero no un «extraño» de alambique, extraído de cuatro lecturas de Sartre y dos de Camus. Un extraño directamente motivado por su historia personal, por su contexto cívico-psicológico. Una gran novelista. Una gran novelista patética que supo hacer de su patetismo un material literario, desde la serena distancia de Suiza, su país de adopción, con periódicos viajes a Barcelona: Una mujer hermosa, encanecida, representativa de aquel puñado de mujeres que iniciaron, en los años treinta, la experiencia de la emancipación.

La segunda bola de la carambola de Lara. Vayamos a por la tercera.

Un marco espléndido. Centenares de comensales. Sutilezas en la conversación y en los escotes. Contraste de pareceres. Intelectuales ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para la «situación». ¿La situación? Un eufemismo que cualquier periódico ha resumido así: «A la brillante gala literaria celebrada ayer por la noche asistieron el ministro de Información y Turismo, señor Fraga Iribarne; el director general de Cultura Popular y Espectáculos, señor Robles Piquer; gobernador civil, señor Garicano Goñi; alcalde de Barcelona, señor Porcióles; presidente de la Diputación, señor Muller de Abadal...; etcétera, etcétera». Civilizado espectáculo de coexistencia intelectual con el gigantesco Lara actuando de por medio, con el taco bien asido por una mano, en la otra la tiza azul para evitar la estridencia desafinada de la punta. Y ante la expectación general, una bola aquí (Ramón J. Sender, Premio Planeta por su obra «En la vida de Ignacio Morel»), otra bola allá (Merçé Rodoreda, Premio Ramón Llull por su obra «El carrer de las Camelias»). La tercera bola era la ilustre presidencia del acto. Toc. Toc. Toc. El exilio, la cultura literaria y la «situación» unidos en el acto irreversible de una carambola. Y sin tiempo para la reflexión, Lara corre la anilla en el marcador. Es una carambola que se apunta, una carambola más a sumar a las que tuvieron en Gironella, Torcuato Luca de Tena, Emilio Romero y Angel de Lera sus toques finales. Pero ninguna de estas carambolas tuvo la grandilocuencia histórica del Planeta 1969, concedido a un hombre que en «Proclamación de la sonrisa» escribiera: «Los premios están bien para las vicetiples». Quizá hayamos abusado todos un poco en la exaltación del derecho del español a ser contradictorio. Aunque tal vez la palabra contradictorio sea insuficiente, por lo trascendente, y lo que ocurriría en Barcelona en la noche que unía los días 15 y 16 de octubre de 1969 fuera un «collage» de recortes y retales, de palabras y músicas, de gritos lejanos, lejanos, lejanos. Todo bien pensado, bien encuadrado, bien comercializado es: cultura. ■ M. V. M.



El Jurado del «Planeta»: señores Fernández de la Reguera, Martín de Riquer, Lara, Arbó, Porcel y Lombardero. Con ellos —primero y tercero por la izquierda—, los señores Fuster y Molas, miembros del Jurado del «Ramón Llull». El acto fue retransmitido por TVE.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Luis Carandell, J. Garcé de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Revirriego, José Monleón, César Santos Fontana. FOTOS: Europa Press, Camera Press - Zardoya, R. Rodríguez, Cifra y Archivo.